

Estudios Sociales
Vol. XXXV, Número 130
Octubre - Diciembre 2002

REPÚBLICA DOMINICANA Y LOS CAMBIOS EPOCALES

Un grupo anónimo de dominicanos hizo circular recientemente por correo electrónico un manifiesto nacionalista que invocaba los fantasmas que sirvieron para legitimar la dictadura trujillista. Su nombre virtual: unacidom@hotmail.com. Aunque el discurso es conocido, a aquel mensaje electrónico le faltaba el barroquismo que ha caracterizado a la oratoria nacionalista dominicana: ¡la nación dominicana, obra inmaculada e inmarcesible de los aguerridos Duarte, Sánchez y Mella, Padres de la Patria, está profundamente amenazada por la oleada de inmigrantes haitianos! Eso sí, no faltó al final el "Dios, Patria y Libertad". A fin de cuentas, el mensaje es el mismo del trujillismo: "Creemos que los valores que unen a los dominicanos son más importantes que las cuestiones accesorias que lo dividen, en la política o en asuntos pecuniarios". Según este modo de apreciar la realidad, todos los males dominicanos encuentran su raíz en la inmigración haitiana. Por eso, consecuencia lógica, la solución consiste en poner a raya a los inmigrantes haitianos, expulsarlos, y no admitirlos más en territorio dominicano. El segundo paso de la operación consiste en promover un sentido de honor patrio que alimente un espíritu combativo, ayatólico, para luchar contra todo aquello que "lesione los intereses estratégicos dominicanos". Y esto caiga quien caiga. Según estas personas, el

ESTUDIOS SOCIALES 130

orgullo patrio es base moral suficiente para defender los mejores intereses de la nacionalidad. *Estudios sociales* no cree de la misma manera, aunque admite que el tema de la nacionalidad dominicana es importante y debe seguir siendo profundizado a través de las ciencias humanas y sociales.

Podría abrazarse este romanticismo nacional si fuera verdadero; el problema está en que es totalmente falso, teórica, moral y teológicamente. ¡No tomar el nombre de Dios en vano! Plantea el problema nacional de manera equivocada y sesgada. No discierne correctamente ni la compleja lista de causas, ni apunta a los medios más adecuados para solucionar tantos y tan disímiles conflictos que viven los países contemporáneos ante los cambios epocales de lo que se ha convenido llamar globalización.

Aunque el debate sobre el nacionalismo antihaitiano sea más que conocido por todas las personas familiarizadas con los estudios sociales dominicanos, hemos querido traer esta referencia para subrayar la importancia que sigue teniendo el cambiar la perspectiva de análisis que aparentemente predomina en República Dominicana al comienzo del nuevo milenio. Llama poderosamente la atención que se sigan repitiendo los mismos discursos ético-políticos de hace cuarenta años, a pesar del mar de evidencias de que nos encontramos ante una realidad profundamente cambiada. La vida cotidiana de los mismos autores de este mensaje electrónico está muy lejos de lo que allí propugnan. Su nacionalidad es ya "punto com".

Este número de *Estudios Sociales* se estructura como una introducción metodológica para plantear un posible cambio en el modo de analizar la realidad dominicana. El primer paso es rendirse ante la evidencia empírica. Antes de hacer un juicio de conjunto sobre la situación nacional, con ideologías fundadas en el miedo, conviene mirar con detenimiento los grandes dinamis-mos históricos y sociales que traspasan la nación. El artículo de Ramón Tejada Holguín ofrece esa visión de conjunto. Los pasos

R.D. Y LOS CAMBIOS EPOCALES

que va dando pueden guiar un análisis que sirva de base a juicios más ponderados sobre el estado de la nación dominicana.

Primero, Ramón Tejada Holguín hace un balance de los cambios en la institucionalidad política de República Dominicana. En la década de los 90 y a comienzos del siglo XXI, la Constitución, los poderes del estado, el régimen electoral y el aparato gubernamental han sufrido importantes transformaciones que reflejan no sólo puntos de vista diferentes, sino también las pugnas de intereses de distintos sectores que se disputan el poder en el país. Nada más ingenuo que pensar, en un antihaitianismo fácil, que la República Dominicana de nuestros días forma un bloque monolítico, siguiendo los “incólumes valores” de los fundadores de la patria. No tomar en cuenta el triste cuadro de la corrupción política interna es querer descargarse de una importante cuota de responsabilidad que pesa sobre muchos dominicanos. No analizar las taras de las instituciones políticas es postergar la solución de muchos asuntos. No reconocer que República Dominicana es una sociedad pluralista implica hundirse en una añoranza pasada, sospechosa de totalitarismo.

En segundo lugar, Tejada Holguín analiza las características sociodemográficas del país. Este es quizá el aspecto más interesante y olvidado por los discursos nacionalistas dominicanos. No existen estadísticas confiables sobre la magnitud y el impacto de la inmigración haitiana en República Dominicana. Cualquier dato al respecto es mera especulación. Regularizar la información, dando un marco legal más claro a los intercambios entre ambos pueblos, se hace necesario por razones de justicia y bienestar de las personas, sobre todo de las más pobres. Por el contrario, existen datos aproximados de la magnitud e importancia que tiene la migración dominicana hacia Estados Unidos y Europa. Mientras tanto, la población dominicana que queda en el territorio, y que el discurso nacionalista supone invadida y amenazada como si estuviera en vías de extinción, no ha dejado de crecer. Los dominicanos eran 2.4 millones en 1950; según el censo de 2002, son 8.2 millones, aunque las proyecciones es-

ESTUDIOS SOCIALES 130

timan una población de 8.6 millones (y hay que confiar más en estas estimaciones, dado los defectos del censo). Hemos asistido a un verdadero boom poblacional y esto plantea problemas de espacio y de distribución geográfica de las inversiones. Por los grandes procesos de migración interna, la nación dominicana actual es urbana y pobre, con una capital macrocefálica. El gran desafío sigue siendo el mejoramiento de la calidad de vida de los barrios marginados de las grandes ciudades, donde vive la mayoría del actual pueblo dominicano. Esta población no vive la misma cultura que propugnan los nacionalistas, reificada en “nuestra lengua materna, las tradiciones y costumbres”. Muchos de los nacionalistas de clase media y media alta desprecian esta población y la desconocen. Este desconocimiento va en aumento en la medida en que los cambios generacionales se van sintiendo. Los jóvenes de los barrios nacieron en la ciudad, no en el campo de sus abuelos o padres. Su sentido de las fronteras es más fluido y saben muy bien que sin la ayuda de sus familiares o amistades en el extranjero su supervivencia está en riesgo. La juventud prefiere productos extranjeros a productos nacionales; está más familiarizada con el baloncesto de la NBA que con el campeonato de baloncesto superior organizado por la ABADINA. No desconoce el submundo del tráfico de drogas. En términos generales, la población dominicana será dentro de poco más vieja y habrá que pensar en políticas de la tercera edad. Además, ante los cambios de la pirámide poblacional, habrá que plantearse nuevamente el profundo problema del sistema de universidades y de las políticas de generación de empleo. Esto implica mayor racionalización del gasto público. Tampoco la inmigración haitiana explica estos cambios demográficos, ni su expulsión implica una auténtica solución.

En tercer lugar, los indicadores dominicanos de salud, educación y vivienda siguen siendo preocupantes y hablan de la pobreza escondida detrás de las nuevas torres de edificios y grandes avenidas. Hay que mirar la pobreza en sus múltiples facetas. En buena medida, las necesidades básicas de los dominicanos no se ven cubiertas debido a un inadecuado e insuficien-

R.D. Y LOS CAMBIOS EPOCALES

te gasto social. La inmigración haitiana no tiene la culpa de ello. Los índices dominicanos en salud, educación y vivienda están por debajo del nivel latinoamericano, a pesar de que la economía creció sin parar durante los años 90. No deja de ser alarmante que quince de cada cien dominicanos vivan en barracones o en cuarterías. El problema de la distribución de la renta dominicana no se explica adecuadamente por la “invasión haitiana”. ¿Por qué no aceptar la evidencia de que tanto Haití como los inmigrantes haitianos han sido también fuente de riqueza? ¿Por qué no pensar que lo pueden seguir siendo, traspasando cada vez más los múltiples intercambios que se dan entre ambos países?

En cuarto lugar, Tejada Holguín nos habla de la transformación que se da en la población dominicana por una mayor participación comunitaria. Este también es un reflejo del cambio epocal, que redefine las funciones del estado nación. Encontramos rasgos similares en otros países latinoamericanos. El unacidom@hotmail.com forma parte de esta corriente de fondo que han evidenciado las tres encuestas DEMOS sobre cultura política dominicana. La población dominicana quiere participar asociativamente en la gestión de lo público. Sin embargo, esta actitud práctica sigue cargada ambiguamente de valores autoritarios y mesiánicos, característicos de regímenes políticos totalitarios y opuestos a las intuiciones morales de la democracia moderna. Esta ambigüedad debe tomarse en cuenta para no creer que la multiplicación de asociaciones traerá automáticamente más igualdad o espíritu de convivencia. En esto también se equivocan los autores del manifiesto electrónico.

Estamos en una nueva etapa de la historia y las fronteras tendrán que entenderse de otra manera, más porosa. Esto implica actualizar la legislación. Esta obra delicada y técnica no se puede realizar con el simple orgullo nacional. El artículo de la jurista dominicana Mirna Amiama plantea la necesidad de una legislación de la competencia que nos ayude a insertarnos equitativamente en la economía globalizada. A pesar de su confianza en

ESTUDIOS SOCIALES 130

la economía de mercado, Amiama invita a la prudencia en el momento de legislar favoreciendo la competencia más que los incentivos a producción. Aunque *Estudios Sociales* ha mantenido una posición crítica frente a los discursos neoliberales, ha considerado que el trabajo de Amiama completa muy bien el cuadro de análisis sobre la nueva situación del país. Ofrece un inventario bastante completo de la legislación en materia de mercado y muestra sus profundas debilidades.

El ejercicio de comprensión de la realidad dominicana se puede entonces completar haciendo un doble movimiento de enfoque: una mirada al mundo, al globo, y una mirada a algún aspecto que revele peculiaridades de nuestro humano vivir en sociedad nacional. En el contexto de globalización económica, el país está abocado a tomar una posición coherente con respecto al inminente acuerdo llamado "*Area de Libre Comercio de las Américas*", mejor conocido por sus siglas, ALCA. El artículo de Inácio Neutzling, jesuita brasileño, ofrece un resumen de la historia del ALCA y sugiere algunas pistas para tomar una posición crítica con respecto al mismo. Como revista, invitamos a leer sobre todo los datos históricos que este artículo nos ofrece, hacer el ejercicio de tomar una decisión personal al respecto, en espera de que algún movimiento ciudadano plantee la necesidad de un referéndum para conocer el sentir de la población dominicana sobre el asunto. En relación con el ALCA, el gobierno dominicano debe tomar una posición que evite tanto el entreguismo fácil como la cerrazón absurda.

Por fin, para entender mejor la realidad nacional, conviene hacerse preguntas bien concretas como, ¿se están alimentando bien los niños de los barrios? La infancia barrial es el grupo humano más importante, demográficamente hablando, en estos momentos. El artículo de José Navarro, jesuita y nutricionista dominicano, analiza la situación nutricional de niños residentes en dos de los barrios de mayor pobreza en la ciudad de Santo Domingo. Siguen prevaleciendo la desnutrición crónica y las diarreas, dos problemas que se pueden solucionar. Enfrentar es-

R.D. Y LOS CAMBIOS EPOCALES

ta realidad, tan sensible para el futuro, está en las manos de personas y comunidades que están llamadas a agenciar su propio desarrollo humano. Una arenga patriótica no resolverá este problema. Mirar la realidad particular de los niños y niñas pobres llama a que dominicanas y dominicanos se responsabilicen en el presente y velen por el futuro.

Entender el país en que se vive es una ardua tarea que tiene que tomar en cuenta muchas facetas del mundo contemporáneo: evidencias empíricas de la transformación sociodemográfica, regulación legal del mercado, la globalización de la economía con la formación de bloques de comercio internacional y la situación de los grupos humanos más vulnerables, "los pequeños". Transformar la mirada para captar la realidad de manera cada vez más matizada está a nuestro alcance. Es condición de posibilidad para transformar nuestro corazón y nuestra voluntad política. Renunciar a ello implica abrir el camino a un nacionalismo totalitario que puede traer funestas consecuencias.